

CAPITULO XIV.

LOS SABIOS.

Es muy vaga la palabra *sabio*, y se prodiga con muy poca reflexion. *Sabio* puede ser un hombre de pocas potencias, pero que las ha cultivado y ejercitado constantemente en provechosos estudios. *Sabio* no será el que tenga las mejores potencias, si por la falta de aplicacion y ejercicios mentales se mantiene en la ignorancia y la rudeza. Llámase *sabio* al que acopia noticias de todas las ciencias, que no puede aplicar ni le sirven cuando se necesita, porque ninguna ha estudiado seria y profundamente. *Sabio* se quiere llamar hoy a un periodista, a un poeta, a un novelista, a un declamador, y a muchos otros que están tan léjos de serlo, cuanto lo está la ciencia de la palabrería y de la locuacidad. Pero lo que es mas sensible en este punto es, que se llaman *sabios* aquellos que hablan mucho de religion sin haberla estudiado, atreviéndose a usar aun términos de la escuela teológica, que acomodan de la manera mas impropia y ridícula.

Sea lo que fuere; lo que conviene al propagador distinguir entre los *sabios* ó los que se pretende que lo son es, entre aquellos que se creen tales a sí mismos, y los hombres modestos, imparciales, juiciosos, y que de veras estudian sin preocupacion el pro y el contra de todo. Los primeros no escuchan mas que a sí mismos; los segundos escuchan a todos. Los primeros todo lo desprecian; los segundos todo lo examinan. Los primeros no tienen mas armas que las prohibidas de la burla, el sarcasmo, la bufonería y la mentira; los segundos buscan la razon, la prueba, el discurso y aun la autoridad. ¡Cuán distinta debe ser la conducta de los propagadores con unos y con otros! Siempre será dificultosa; porque el que algo sabe ó cree saber, a más de que resiste a fuerza intelectual extraña, responde ó replica con mas ó ménos acierto y sagacidad al que trata de persuadirlo ó moverlo.

Una de las señales mas ciertas de la verdadera sabiduría es la humildad; como una de las pruebas mas indudables de una sabiduría falsa, es la jactancia. De ésta huyen la verdad, la luz, el desengaño, la docilidad, la virtud, la moral, y Dios mismo; que resiste a los soberbios, que oprime con el peso de su grandeza a los orgullosos, y que ofusca con sus resplandores inaccesibles a los atrevidos escudriñadores de sus

altos juicios. Por esto es evidente que para convertir ó desengañar a un sabio, el medio mas seguro es inspirarle la desconfianza de sus mismos conocimientos, el temor de engañarse y la docilidad para oír ó para leer a los hombres instruidos, y los libros sapientísimos que tratan de la virtud y de la moral. Un verdadero talento, que procura librarse de las sombras de las pasiones, es como imposible que no se desengañe, si está temporalmente engañado; y que no se convenza, si por circunstancias distintas estaba preocupado con algun error.

En nuestro siglo son de moda ciertos errores, nacidos del espíritu de novedad. Cansada la inmoralidad de ser inconsecuente, y convencida la filosofía de la vanidad é insuficiencia de sus locos ataques a la religion, se han desenterrado sistemas viejos, se les ha sacudido el polvo, se han adornado con nuevos términos, y se ha querido con ellos fundar y probar el materialismo, el fatalismo, la falta del albedrío y la necesidad, que excusa al hombre del crimen y la maldad. Allá va a dar el espiritualismo, el magnetismo, la frenología y las innumerables doctrinas de los fisiologistas, tratando de las funciones instintivas é inevitables del organismo humano. De aquí las consecuencias mas atroces contra la moral, contra el derecho y aun

contra una sana política, si en el siglo presente es dable, y no es, como muchos dicen, el arte de engañar. No todos los propagadores tendrán el talento y las luces necesarias para combatir estos errores, ó distinguir en los sistemas lo positivo y lo exagerado, las consecuencias lógicas y las consecuencias locas; pero ¿quién no podrá dirigir a su alucinado sabio con un sacerdote prudente y erudito, ó con otro estudioso, aunque no sea sacerdote, que podrá bien desvanecer las nubes fascinadoras que ocultan la verdad y realidad de las cosas?

Un sabio desengañado, un verdadero erudito, un estudioso, capaz de escribir con solidez y claridad; un hombre capaz de entender y de enseñar la virtud con la palabra y el ejemplo, será la mas preciosa conquista que pudiera hacer el propagador. Este sabio seria el maestro a quien pudiera dirigirse un otro que, disputando con él franca y pacíficamente, participaría de sus luces. Hay hombres tales en nuestra sociedad, y no deben tener ocioso su talento y su saber, sea cual fuere su estado. Chateaubriand, el Conde de Maistre, Montalembert, Donoso Cortés, Collen de Planchi y otros muchos, han hecho con su ingenio y escritos grandes servicios á la religion, sin excusarse por no tener la mision sacerdotal y pastoral que, si bien es

necesaria para la predicacion evangélica, y para hablar desde los púlpitos, no por su falta dejan de estar obligados a hacer bien a sus semejantes, aquellos a quienes Dios ha concedido los ricos dones de un buen entendimiento y una instruccion bastante.

¡Oh si entendieran todos los hombres que el único principio de la sabiduría verdadera, es el temor santo del Señor! Entonces serian todos verdaderos filósofos, que no buscarian en vano la felicidad y la verdad, sino que todos la disfrutarian y encontrarian en Dios.

CAPITULO XV.

LOS INCRÉDULOS É IMPÍOS.

Estos hermanos extraviados, no necesitan tantos miramientos y tino para tratarse y procurar reducirlos, como los sabios y estudiosos; porque los segundos leen, discurren, consultan, disputan, entran en razon y presentan ellos mismos los flancos por donde deben atacarse. Los impíos, los incrédulos, en su escepticismo, se encierran como en un castillo; y de ordina-

rio no contestan mas que con negativas despreciadoras ó con aserciones insensatas, diciendo: que la religion es invencion de frailes, especulacion de codiciosos, tejido de mentiras, cuentos de viejas, espantajo de imbéciles y demas expresiones semejantes que, para ellos, valen por los mas sólidos y racionales argumentos.

El incrédulo, sea ateo, deista, panteista, naturalista, ó lo que fuere, siempre ha comenzado por perder la moral. En consecuencia, si algo discurre, es herido su entendimiento, y más su conciencia, de la contradiccion de los dogmas y preceptos divinos; luego, no pudiendo ó no queriendo conformar sus obras con sus creencias en las promesas y amenazas de la religion, concluye con exclamar, como dice David: *no hay Dios*, dijo el impío en su corazon, porque no lo puede decir con su cabeza, con su entendimiento, no hay tal Dios, ni tal infierno, ni tal gloria, ni tal virtud, ni tal libertad, ni tal mérito, ni tal moral; ni hay nada de lo que se ve, se palpa, se aprecia, se elogia, se vitupera, se desea y se goza. En tan horribles consecuencias, tiene que precipitarse el incrédulo desesperado. ¡Pobres espíritus fuertes, que son como los licores embriagantes! ¡Cuántas locuras cometió el pueblo francés en su revolucion, en

su apostasía, preparada por una relajacion de dos ó tres reinados!

Así, pues, el incrédulo debe ser atacado por la moral. La prueba es clara. Cuando alguno de ellos llega a convertirse, siempre es por el corazon; y cuando con él se vuelve a Dios, todos sus errores se desvanecen como el humo, sin mas argumentos ni apologías. A pesar de esto, convendrá conseguir de alguno de los muchos que aseguran conocer el pro y el contra de la religion, que lean los escritos de Augusto Nicolás, de Balmes, de los autores mencionados en el capítulo anterior, y muy especialmente la obra que del italiano tradujo Franco: *Respuestas a las objeciones mas comunes contra la religion*. Ellos dirán despues, si han estudiado, ó siquiera leído atenta y concienzudamente; porque, no hay duda, el incrédulo primero toma su partido y luego busca sus armas. Voltaire, hospedado por el sabio Calmet en su propia celda, le roba en los ratos de ausencia todas las antilogías ó argumentos que el sabio expositor habia compilado con sus respuestas; y dejando estas el filósofo, las publica despues como contradicciones de la Biblia en sus inmundas obras, de las preguntas del Dr. Zapata; y la Biblia, en fin, explicada, y en otros

semejantes escritos. Así son todos. Así es siempre. ¡Pobres filósofos!

Es necesario que el propagador tenga con ellos mucha paciencia y calma, para no ofenderse de sus burlas y chanzas, en que no perdonan ni las obscenidades mas indecentes. Mucho ménos conviene darles el gusto de manifestarse escandalizados, cuando oímos, sin querer, sus blasfemias, porque esto les causa un vivo placer. Lo que sí conviene es, cazarles los momentos en que una enfermedad, una pesadumbre, una desgracia, les ablanda el corazon y los predispone felizmente para recibir un consejo cristiano, y que se vuelvan a Dios que, castigándolos misericordiosamente, amorosamente los llama. A muchos han restituido a la fe, la pobreza, la vejez, los desprecios y los engaños del mundo. Conviene al propagador, amigo del incrédulo, atraparle al paso las contradicciones en que incurre, que son muchas, en las mas breves conversaciones. Conviene hacerle notar con frecuencia las faltas de moral, de justicia, de honradez y hasta de decencia, que cometen tantas veces sus compañeros, y que no nacen de otro principio que de las máximas de la incredulidad.

Tambien conviene al propagador, para tratar con los impíos, estar bien instruido, no solo en

la parte doctrinal de la religion, sino en cuanto sea posible, en la parte de controversia, leyendo las innumerables y victoriosas apologías de la Iglesia, ya en lo general, ya sobre puntos particulares. De otra suerte, a cualquiera se deja aturrido con los viejos y gastadísimos alegatos de los excesos de la Inquisicion, con las vísperas sicilianas, con la liga de Francia, con los libros contra jesuitas, con lo que llaman venta de los sacramentos y de las indulgencias, y con otras mil mentiras ó especies tergiversadas, con que alucinan a la gente cándida é ignorante.

Si el propagador no espera ó no puede convertir a los incrédulos, trabaje al ménos por impedir el contagio ó el cáncer de sus ideas, previniendo y atajando la seducción y el engaño. Escribiendo, platicando, disputando, recomendando y propagando buenos libros: de cuantos modos dicte la caridad, que es ingeniosa cuando es ardiente, procuremos mantener y aumentar en nuestros hermanos la fe, esa grande virtud, que es la primera y última tabla en el naufragio de la relajacion. Esa arma vencedora del mundo, como la llama San Juan; esa ancla que nos asegura en medio de las olas de la inmoralidad, de la política, de la impiedad y del filosofismo.

A LAS SEÑORAS.

Ni una sola vez de las que he tomado la pluma para escribir este libro, se me ha olvidado la idea de que las señoras no tomarian para sí sus doctrinas y exhortaciones, porque, al parecer, se dirigen a solos los hombres. Libreme Dios de pensar, como ha llegado a decir un liberal en presencia de un Congreso: que las mujeres son cosas y no personas. Todo lo contrario. Las mujeres son la mitad de la especie humana, y solo el despotismo brutal de los paganos puede mirarlas con ese injustísimo desprecio. Ellas son tan necesarias en el mundo, cuanto son verdaderas las palabras de Dios en su principio: *No es bueno que el hombre sea solo*. No por los placeres de la concupiscencia, que es lo único que aprecian el bárbaro y el gentil, envileciendo a la mujer, sino por las ventajas morales que resultan al hombre de su honesta compañía. Así lo comprendió la religion, y rehabilitó luego a la mujer, volviéndole todo su valor perdido; haciéndola igual al hombre en sus derechos y respetos; santificando su amor en el matrimonio y ensalzando su virginidad en la